

LA COLMENA

¿Qué es la felicidad?



Vicente Robles Alonso

Enfermero

El trabajar con personas, más aún en el caso de personas que sufren una enfermedad, y como máxima expresión con personas cuyos últimos momentos están cercanos, te hace reflexionar mucho sobre la vida.

Una de mis reflexiones más frecuentes es sobre la felicidad y su búsqueda por parte de todos los seres humanos. Pero, realmente ¿qué es la felicidad? ¿tenemos todos el mismo concepto de felicidad?

Si buscamos en el diccionario, encontramos lo siguiente: Felicidad: 1.- Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien. 2.- Satisfacción, gusto, contento. 3.- Suerte feliz.

Y resulta que, efectivamente, para un número importante de personas la felicidad se cuantifica en posesiones, o posibilidades de poseer algo, (en algunos casos todo), siendo la satisfacción, gusto o contento elementos secundarios a esa sensación de poder. Esto les lleva a emplear mucho tiempo y energía en descubrir o emplear todo lo que tengan a su alcance para lograr esta felicidad, y como dijo P.S. Buck “se pierden las peque-

ñas alegrías esperando la gran felicidad”. Para otros, la felicidad se cuantifica en sensaciones, emociones o vivencias. Individuales o compartidas, siendo tan intensas en un caso como en otro.

Para este grupo de personas, el hecho de poseer no tiene tanta relevancia como el hecho de sentir. Pero al igual que los anteriores, también emplean mucho tiempo y energía en la búsqueda de esta felicidad.

Para los primeros los segundos serán idealistas y poco prácticos, para los segundos los primeros serán materialistas y fríos, e incluso, si profundizamos podremos hacer un tercer grupo, un cuarto, y así sucesivamente.

En el fondo, la mayoría de los objetivos son comunes para todos, y todos deseamos lo mismo, lo que cambia es la óptica desde la que se contempla. Pongamos como ejemplo un hecho que suele ser motivo de felicidad: la llegada de un niño al mundo.

Para unos la sensación será “tenemos un hijo, ya somos padres”, centrándose en el

hecho de que “tienen” un hijo, lo que automáticamente los convierte en padre, sin ahondar en el hecho de que ser padres es algo con muchas más posibilidades. (Al igual que tener un barco no te convierte en marinero ni capitán de navío).

Para otros, será la posibilidad de compartir con ese nuevo ser sus aficiones, sus deseos, sus ilusiones... dándole más importancia a ese hecho que al hecho de tener el hijo en sí.

Para otros, será la oportunidad de modelar a ese nuevo ser de forma que pueda desarrollar todos sus potenciales y capacidades...

En definitiva, puede haber tantas “felicidades” como personas, y deberíamos ser lo suficientemente razonables como para comprender que cada uno tenemos nuestra propia concepción y método de búsqueda de la felicidad, sin que esto implique que sea el mejor ni el más acertado.

¿Cuál sería la forma de felicidad más universal? Podría ser aquella en la que existe un equilibrio entre la necesidad de sentir y el deseo de poseer.

¿Quién podría ser una persona feliz? Cualquier persona. Una vez oí que “feliz no es aquel que tiene lo que desea sino quien desea lo que tiene”

De todas formas, no podemos olvidar que el sentido de la vida no es exclusivamente la búsqueda de la felicidad, que la vida no tiene un único sentido.... El sentido se lo damos cada uno de nosotros.

... puede haber tantas “felicidades” como personas, y deberíamos ser los suficientemente razonables como para comprender que cada uno tenemos nuestra propia concepción y método...

Todos somos culpables



María José Sánchez Pablos

Enfermera

De acuerdo o no conmigo, mi pensamiento es que todos somos responsables de la situación actual y candente en las aulas de enseñanza en nuestro país. Los profesores son acusados en primer grado por las familias, las familias a su vez les acusan a ellos, y son los profesionales de la enseñanza los que acusan en

toda esta vorágine a la sociedad actual en la que vivimos, sociedad de la opulencia, con unos valores totalmente perdidos hace ya mucho tiempo. A todo esto le sumamos una figura fuertemente erosionada del profesor, al que le está completamente prohibido ya no ejercer, sino pensar en la palabra “autoridad”.

Estoy de acuerdo con la idea de un importante sociólogo, que afirma que en la escuela no todo tiene que ser tan divertido, y que el aprendizaje en las aulas se debe considerar siempre como un lugar agradable, pero de trabajo. Nuestros estudiantes han perdido sus principales puntos de referencia, los padres han pasado a llamarse sus colegas en lugar de representar la figura materna o paterna que todos hemos tenido, y la verdad, para colegas, los alumnos ya son muchos en los recreos. Hemos pasado de ir a los centros a informarnos de los adelantos de nuestros hijos en ciertas asignaturas a hablar de la denuncia que posteriormente pondremos en el juzgado de guardia más cercano, así como de entablar una conversación para intentar solucionar el problema, a perder los nervios defendiendo a capa y espada, la parte que nos toca sin escuchar, y sin prestar la más mínima atención al docente que intenta mostrarnos la situación real de un comportamiento estudiantil que deja mucho que desear en el aula. Soy máxima defensora de los derechos de los alumnos, pero definiendo a capa y espada el trabajo que día a día deben ejercer los profesores, y por supuesto con un orden establecido y con una cierta autoridad que no haga traumatizarse al conjunto de la clase, que de esto hoy en día nos valemos para no enfrentarnos a la dura realidad.

Sería muy importante regenerar y hacer emerger todos los valores de la sociedad que poco a poco hemos ido perdiendo, porque todavía estamos a tiempo de recuperar el respeto, la convivencia, la tolerancia, ésa de que tanto hablamos y que tan de moda está, en un intento de coordinación con padres deseosos de cambiar el comportamiento de sus hijos, con alumnos cargados de ilusiones nuevas, con profesores recuperados poco a poco del desgaste sufrido por el trato amargo en sus aulas, y con políticos que dejen de hablar idiomas desconocidos en las televisiones, y que se impliquen y busquen alternativas, como a ellos les gusta decir, con coherencia, implicándose de lleno frente a un problema, que de seguir así no tendrá final posible y que desde luego está dando la penosa impresión de repartición ilógica de responsabilidades dentro de un círculo ya vicioso, imposible de conquistar.

Stevenson y la máquina de curar



Leopoldo Elvira Peña

Psiquiatra

Vale más vivir y morir de una vez, que no languidecer cada día en nuestra habitación bajo el pretexto de preservarnos”. R.L. Stevenson

La enfermedad es un proceso esencialmente destructivo, cuyas consecuencias directas son el sufrimiento y los límites. Sólo por medio de las herramientas de la ciencia médica, del calor humano y la fortaleza personal podemos enfrentarla y, en ocasiones, vencerla.

La inflación del modelo médico actual y nuestras expectativas como pacientes pueden abocarnos a una actitud pasiva frente a las dolencias y sus remedios, actitud que nos dirija sumisamente a las puertas del Hospital, el Gran Templo donde habita la Máquina que Diagnostica y Cura.

En el modelo de medicina hoy vigente, existe el riesgo de que el sujeto pierda su lugar en favor de la técnica y sus designios. El enfermo puede verse sometido a una medicina eficiente y veterinaria, ajustada no a la escala del individuo, sino a la de las estructuras sanitarias.

Pero la enfermedad puede impulsar la voluntad, obligarla a tomar el timón y dirigir el rumbo del destino personal.

En 1888 Robert Louis Stevenson tiene 38 años; ha reunido dinero suficiente con la publicación de sus libros y emprende un viaje que durará el resto de su vida. En los últimos cinco años su enfermedad ha empeorado. Tiene fuertes accesos de tos, se siente débil, adelgaza. Decide embarcar sus tuberculosos pulmones en

el puerto de Edimburgo hacia los Mares del Sur.

Desde su juventud, la enfermedad crónica y su caracterial rebeldía le empujaron a buscar aire limpio y climas cálidos para sus bronquios, paisajes nuevos y experiencias insólitas para una mente creativa e inquieta. Decidió no quedarse encerrado en la mansión paterna, junto a la chimenea, bebiendo tisanas e inhalando vapores balsámicos.

El océano y los viajes no curarían a Stevenson, pero le insuflaron vida. A los 44 años falleció debido a un accidente cerebrovascular en Upolu, una isla de Samoa. Siguió escribiendo hasta su muerte. Los samoanos lo llamaban Tusitala, el que cuenta historias. Dejó tras de sí una existencia plena y una obra literaria perdurable (entre otros libros, la mejor novela de aventuras de todos los tiempos). Fue enterrado en el Monte Vaea, como era su deseo.

No existen vidas ejemplares. Pero la huesuda y frágil figura de Stevenson parece interpelarnos desde una isla del pasado y nos devuelve por unos breves instantes la confianza en la voluntad individual.

En el modelo de medicina hoy vigente, existe el riesgo de que el sujeto pierda su lugar en favor de la técnica y sus designios. El enfermo puede verse sometido a una medicina eficiente y veterinaria, ajustada no a la escala del individuo, sino a la de las estructuras sanitarias.

ladrillo

Antonio Gómez

